

otros intereses absorbían toda su atención; apenas conocido, como no fuera en las esferas políticas, en las que su personalidad tenía y había tenido alta significación, y en las científicas, en las que su nombre era universalmente respetado, este distinguido ingenio que á su cualidad de hombre político unía la de ser un portento en las ciencias matemáticas y económicas, y la de poseer una elocuencia que ponía más de relieve sus altas dotes y poco comunes prendas, apenas si en medio de sus triunfos parlamentarios y científicos había soñado en ser el innovador del teatro español, á cuyas manifestaciones si no era completamente extraño, ni de todo punto refractario, tampoco había dado á conocer una inclinación tan decidida como supone su brusca y no esperada conversión, hecha con plena voluntad é inquebrantable propósito, hácia lo que debía parecer contrario á su carácter, estudios, aficiones declaradas y hasta el medio en que vivía y se agitaba y sus facultades tomaban vuelo, cambiando sus hábitos, su método, la dirección de su pensamiento y renunciando á cuanto le era familiar y conocido; sin embargo de lo cual, se lanza decididamente en pos de una cosa desconocida, idea casi imposible, sin que pueda ni siquiera suponerse la causa, la razón, el impulso que saca á este hombre de su genio natural, para arrastrarlo y colocarlo en una posición difícilísima, arriesgada, peligrosa, si es que no quiera fundarse la hipótesis tan absurda como probable, tratándose de él, de que era este su natural asiento y adecuada posición, y la vio-

lenta, excepcional y poco cómoda á su genio la en que primitivamente se había visto, tal vez á su pesar, colocado y con ella identificado forzosamente.

Júzguese como se quiera, lo cierto, lo evidente es que la empresa que se ha propuesto sólo él es capaz de llevarla á cabo; las conjeturas que sobre el móvil de su determinación puedan hacerse llegarán á abarcar espacios inconmensurables, pero, siempre, todos girarán en torno de este punto, de esta verdad tan palmaria como inexplicable. Las nuestras en esta cuestión dejan atrás á las más atrevidas y extravagantes, porque sólo de extrañas maneras ha de pretender buscarse la explicación de lo que por extraños medios y con circunstancias más extrañas aún ha sido presentado. De una manera nada más concebimos, en efecto, y podemos explicar, la actitud que en un momento dado toma *Echegaray* con respecto á ideas y tendencias por nadie combatidas, ni puestas siquiera en duda, la representación que en la dramática de nuestro siglo tiene, la influencia que en los elementos de nuestro teatro se ha arrogado á título de no sabemos qué, y la aprobación que desde el primer instante ha merecido á todos, aprobación que no desvirtúa la censura más ó ménos apasionada de los unos, la oposición manifiesta ú oculta de los que han creído sus intereses lesionados, conculcados sus derechos que, como por ninguna ley garantidos, sólo en la protesta podían hallar medios de defensa.

*Echegaray* concibe una idea inmensa, trata nada

ménos que de dotar al teatro de nuevos ideales, porque le parece que los antiguos han dado ya bastante juego; se propone abrir nuevos caminos para una dramaturgia enteramente original, vírgen, inexplorada y fecunda en recursos, abundante en elementos; conoce la dificultad de la empresa, lo árido del camino, se detiene y medita; no se lanza inconsideradamente por la senda abierta á su fantasía; no se precipita á riesgo de estrellarse, por una vía oculta, por nadie hollada y cercada de peligros, cuyo término él mismo ignora y cuya vuelta no sabe si es probable, ni fácil el retroceso. Pero se siente animado por un ardor constante y un entusiasmo que no son bastantes á apagar, ni la conciencia de la incalculable voluntad y facultades que se han de hacer precisas desde el principio, ni la conviccion de las contrariedades y obstáculos que ha de hallar, naturales los unos y originados por lo extraordinario del propósito, artificiales los otros y opuestos por los elementos que trata de remover y apartar, y renovados todos, al extremo de no verse el momento en que el campo donde va á aventurarse se halle desembarazado y expedito, porque donde el uno es abatido y dominado se levantan otros cuya resistencia hay que estar acostumbrado á vencer. Por eso ántes de determinarse á entrar abiertamente en la lid toma sus medidas; busca un medio decoroso de abandonar el campo, si la empresa llegara á hacerse imposible; trata de poner á salvo su intencion si su fracaso es el resultado de sus tentativas, dispuesto si el asunto es sólo difícil, aunque lo sea en grado sumo,

á luchar hasta vencer ó ser derrotado, que, en último extremo, una derrota en tales circunstancias supera al triunfo más señalado, si la dificultad no está en razon del éxito. Por eso muestra decidido empeño en probar no sólo el temple de sus armas, sino cuáles de éstas ha de emplear para obtener la victoria, porque los enemigos son muchos y crueles y hay que atacar y herir directamente en el corazon del monstruo que los condensa y que se llama opinion pública, monstruo casi invulnerable, con armas comunes y por los medios naturales, á quien hay que adormecer ántes de acometerle, que una vez vencido se vuelve sumiso y lame la mano del que le domina, pero que devora cruelmente al que en su debilidad no muestra modo de burlar sus iras.

Hé aquí cómo esto se realiza. En la union de los elementos románticos y realistas halla *Echegaray* un medio poderoso y eficaz de intentar la lucha; quiere primero ensayar los moldes en que ha de vaciar sus concepciones, sus nuevos ideales; propónese hallar la fórmula de manifestacion más adecuada y oportuna, busca el punto flaco y vulnerable de su fuerte enemigo, porque una vez hallado, su conciencia le enseña que el problema está resuelto.

Su afan conocido en esta primera etapa de su obra de progreso es subyugar, asombrando por lo magnífico y sublime de sus conceptos; no vacila, no se detiene ya, y empleando los elementos románticos en *La esposa del vengador*, los realistas en *La última noche*, los románticos-realistas en *El puño de la espada*, adquiere

el convencimiento pleno de que no se ha equivocado en la eleccion de armas y de que éstas son fuertemente templadas y sirven para el objeto que se propuso, esto es, atacar sin ponerse á descubierto, pero arrojando impávido el empuje de una opinion hácia él desatada, y que desde luégo, y merced á su primer victoria, va á constituir su mejor defensa, la férrea coraza que le ponga al abrigo de una crítica enconada y aviesa.

El resultado más feliz corona sus esfuerzos sobrepujando sus esperanzas; empieza por ganarse las simpatías del público que sorprendido no sabe si dejarse llevar de su admiracion, tan poco sincera como violentamente excitada, ó inclinarse al parecer de los doctos y versados en estas lides, entre los cuales no reina la mejor armonía, como que la confusion que sigue á la primera sorpresa no les permite ponerse de acuerdo, ó proceden á ciegas, tomando cada uno por punto de vista, base de sus afirmaciones y fallos lo que más directamente le ha impresionado por su novedad, atrevimiento, exposicion ó desarrollo, lo que por inesperado les aturde ó por brillante les seduce.

Y habia en efecto causa bastante á producir tamaña confusion y discordia; toda vez que en la primera y aún en la segunda obra de *Echegaray*, si las bellezas son innumerables y de primer orden, los defectos, los errores son tambien infinitos y de mucho bulto, lo que se concibe perfectamente, teniendo en cuenta, que en una obra grande, todo, hasta las faltas han de ser grandes; y considerando que en los largos caminos y en las

vías tortuosas se verifican los descomunales tropiezos, las desastrosas caidas.

Prescindiendo por ahora completamente de la forma en que *Echegaray* ha modelado sus obras, de la textura especial de sus argumentos, de la distinta complicacion de sus incidentes, así como de los caractéres que ha fijado á sus personajes, del tono que en circunstancias dadas les obliga á tomar, y de las condiciones todas de estilo, lenguaje y versificacion que en ellas brillan, pasemos desde luégo á ocuparnos de la materia de sus dramas, de los elementos diestramente combinados que constituyen todo su mérito, y del uso y empleo que de estos elementos hace, para el mejor logro de sus fines y proyectos, concluyendo, en vista de todo, por afirmar ó negar la conveniencia, oportunidad y discrecion de tales medios, y la posibilidad de que conduzcan al término anhelado.

Es *La esposa del vengador* un drama trágico con todo el corte de los dramas antiguos de capa y espada, y todos los refinamientos del romanticismo más exagerado; no hay que buscar en él enseñanzas, no se distingue por la moral que encierra, ni desenvuelve cuestion alguna que á la sociedad pertenezca; ya lo hemos dicho, el objeto que este drama se propone es crear belleza, es conmover, hacer sentir y sobre todo fijar la atencion poderosamente excitada con recursos especiales, para una vez dueño de ella, dirigirla, encaminarla á lo que constituye el objeto principalísimo de su autor, que es la encarnacion en este género de los nuevos

ideales que están ya en elaboración. Lo consigue, no hay duda, y lo consigue de una manera tan completa, que desde luego se persuade á no abandonar el medio de que en su principio pensó servirse y se sirvió para implantar su pensamiento capital. Resucitar las expansiones del romanticismo, con su cohorte de víctimas y verdugos; con su serie de puñales y venenos; con su lista de raptos, desafíos, escalamientos y aventuras; con sus luchas entre el honor y el deber, entre el deber y el amor; con su fatalismo que todo lo preside y al que todo se encomienda; con sus quimeras y amargas verdades, con su horror mezclado de encanto, con sus arranques sublimes y sus extravagancias absurdas, con su aparato y su ridiculez, y amoldarlo á la vida real, á las escenas de la familia, á las circunstancias de una época determinada, es lo que ha hecho *Echegaray*, y el resultado de esta extraña mezcla, si ha favorecido sus propósitos, si le ha dado la certidumbre de su asequibilidad por tales medios, no ha hecho nada en pró de su reputación como poeta, como autor dramático, por más que las cien trompetas de la fama pregonen á todos los vientos las excelencias de una gloria, que ni es tal como aparece, ni él mismo la admite, sino como recurso para sus ulteriores fines, como base de más altos y distintos propósitos. Porque en esta obra el arte apenas se echa de ver, ni sus reglas respetadas, y aún en lo que toca á la moción de afectos, rasgos hay, caracteres se encuentran repulsivos, desagradables, inconsecuentes, como que la inconsecuencia es uno de los

primeros defectos del autor, que llevado de su fantasía no ha parado mientes en si tal detalle quedaba sin concluir, cuál episodio sin completar, contradiciéndose á cada paso, y cayendo en el absurdo y en la extravagancia, delatando su inexperiencia, pero revelando el temple de su alma, la fuerza y ardor de su imaginación, su elocuencia poética, maravillosa, á vueltas de candorosos alardes de lirismo, con exceso prodigados y perfectamente inútiles en ocasiones, tanto para la perfección del conjunto como para la armonía de los detalles, y de sutilezas retóricas, morales y filosóficas impropias cuando no inoportunas y fuera de conveniencia.

Lanzada la piedra con mano firme y segura, *Echegaray* espera y atiende; la opinión no tarda en declararse, la crítica se apresura á dar su fallo; de una y otra recoge provechosa enseñanza; una y otra han de servirle de brújula; ya sabe por lo ménos á quién ha de satisfacer y á quién ha de contentar; el ensayo no ha sido infructuoso ni en balde; los errores tienen fácil enmienda; las faltas corrección; el entusiasmo todavía caliente incita á tentar otra vez el éxito; la expectación pública le compele, las circunstancias casi lo exigen, y *En el puño de la espada* sale á la palestra, armado de todas armas, aleccionado con la experiencia del anterior suceso, y mirándose en él como en transparente linfa ó en tersísimo cristal veneciano. El nuevo drama más meditado, pero ménos discreto que el primero, y también ménos que éste ajustado á las exigen-

cias del arte, revela desde luégo el mismo origen, las mismas tendencias é idénticos resortes; es una mezcla de efectos y situaciones románticas, en la que abunda sobre todo otro elemento, la lucha de las pasiones brutalmente puestas en juego y manejadas, y dando lugar á una accion que marcha bruscamente saltando entre obstáculos y dificultades que son vencidas con genio, pero sin destreza; los defectos no son de menor calibre que los de la primera obra, ni de distinta índole; los extremos son difíciles de evitar, y hallar el justo medio de las cosas es facultad raras veces concedida al comun de las gentes y más raras todavía á los autores dramáticos.

Analizado friamente este drama y puesto al lado de *La esposa del vengador*, pierde en la comparacion, porque lo que le aventaja en brillantez le cede en método, y si es superior en algunos detalles, en otros baja ostensiblemente y es inferior en el conjunto. El efecto producido es de todas maneras inmenso; si no llena los deseos de todos, cautiva y asombra á los más, atrae á los recalcitrantes que negaban todo mérito al anterior, confirma á los apasionados en sus pareceres y mueve á los indiferentes, haciendo que dejen de serlo, para tomar partido en uno y otro bando, el que todo lo niega y el que lo concede todo. Y llegado este momento á cuya consecucion conspirara con todas sus fuerzas, *Echegaray* ve aparecer la ocasion crítica de plantear sus nuevos ideales; hechos los moldes, asegurado de su consistencia, y cuidándose poco de sus defectos inter-

nos y externos, que comprende han de ser cubiertos y pálidos por lo grande de la materia que en ellos ha de ser vaciada, no aguarda más y apénas apagada la fermentacion producida por el último drama, anuncia la aparicion de una trilogia, en cuya primera parte han de tocarse desde luégo problemas y cuestiones que denuncia la nueva tendencia de su dramática, y á su solo anuncio las apiñadas huestes de contrarios y amigos se agitan, se conmueven, disponiéndose á asistir, con distintos propósitos, al acontecimiento que se les prepara, que no era para ménos la representacion de una obra que iba á decidir el triunfo entre dos opiniones, y á designar el punto oscuro y lejano á que se dirigia el autor de *Cómo empieza y cómo acaba*.

La contextura de esta obra, sus trozos magistralmente dibujados, la elevacion de sus pensamientos y el sabor extraño y acre de su conjunto la denuncian como del mismo autor de *En el puño de la espada*, pero ni por la valentía de la expresion, ni por su movimiento escénico, ni por lo grande y maravilloso de la concepcion, puede compararse con ninguna de las que ligeramente hemos reseñado. Más realista que romántica, parece desde el principio que va á prescindir completamente de este elemento, que tanto vigor y vida presta á las obras de *Echegaray*, pero el error se deshace cuando más adelante despuntan esos sublimes alardes, sin los que todo sería á veces frio, á veces repugnante, y otras inverosímil; con este manto de desusada brillantez cubre *Echegaray* los excesos de una imaginacion

descarriada, que tocando los límites de lo sublime da en ocasiones en lo extravagante y lo absurdo; y si basta para vestir un diforme y frío esqueleto ¡qué no hará cuando sirva de bello complemento á un busto animado, á un cuadro vivo de mágicos colores, de formas poéticamente hermosas y de belleza plástica incomparable!

Adivínase desde luégo, en esta obra, que los propósitos de *Echegaray* toman ya principio de ejecucion, que resuelto de una vez al planteamiento de los problemas que á la opinion trata de someter, presentados en moldes que él mismo ha fabricado de antemano, aborda desde luégo la empresa, y obtiéndose el convencimiento de que por esta vez el problema presentado no es soluble ó no es tal, ó se halla resuelto al sólo formularlo. Es imposible acumular más errores y defectos en ménos escenas; y si los hay que merecen disculpa y se hallan de algun modo justificados, no merecen perdon aquéllos en que se ve la violencia con que los efectos están buscados; el sacrificio de la verdad y la lógica á la novedad y á la sorpresa; la reincidencia en dar en lo absurdo y lo inverosímil, por encontrar lo asombroso é inesperado; la monstruosidad disfrazada de maravilla; lo ridículo mezclado con lo patético; lo horrible con lo deleitoso.

Y lo extraño, lo fenomenal, lo que nadie ha llegado á comprender y explicar, es, cómo *Echegaray* con tales elementos, no ya marchando fuera del arte, sino contra ciertas reglas del arte, sin estrellarse ni caer en el

abismo, realiza lo que no es dado sino á los genios; solamente siéndolo y de talla poderosa es como tanta anarquía puede tolerarse y hasta aplaudirse en cierto modo; pero la verdad es, que *Echegaray* subyuga las voluntades, atrae las simpatías y se hace aplaudir y admirar de los mismos que con más teson le censuran. La crítica enmudece, ensordecida por el clamoreo de millares de voces que se alzan para proclamar las excelencias de esas obras, y sus aspiraciones pasan por vanas sofisterías, recursos de ergotistas que no ven el mérito de lo que está fuera de su alcance, ó no se ajusta á los modelos y fórmulas por ellos asentados y constituidos. Pero á pesar de todo *Echegaray* no ha dado en el blanco; solamente ha dejado conocer sus miras; apremia, urge una segunda tentativa que le confirme en la reputacion adquirida ó la hunda para siempre; y dejando hasta cobrar nuevos bríos, la continuacion de la trilogia, presenta en breve espacio y precedida de grandes promesas y favorables augurios su obra maestra, la que por un momento hace creer á todos y á él mismo, que ha acertado en la expresion de su ideal y de su forma más oportuna y conveniente. Con estas circunstancias aparece en la escena *Ó locura ó santidad*.

Jamás triunfo más ruidoso, ni más merecido ha coronado los esfuerzos de autor dramático alguno; nunca, ni aún en las épocas del romanticismo más rabioso, otra alguna ha producido tan honda impresion, tan maravilloso efecto en un público ya advertido y predispuesto; en ninguna ocasion un hombre ha llegado

á imponerse á la opinion, á la crítica, del modo y forma en que lo hizo *Echegaray* despues del estreno de esta grandiosa produccion: el público poco acostumbrado á manjares tan fuertes y con tan extraños condimentos sazonados resiste con dificultad el choque producido en sus sentimientos y en sus ideas, por las ideas y los sentimientos que presenta atrevidamente el drama á su consideracion y exámen; no sabe atribuir la confusion que en su ánimo y en su mente reina en virtud de tales efectos, y necesita esperar á que la primera conmocion se entibie lentamente para, analizando con calma y espacio la serie de encontrados afectos que en él batallan y se disputan su aceptacion, darse á sí mismo cuenta de lo que es, contiene, representa y alcanza la obra que á su calificacion ha sido presentada. En *O locura ó santidad* el elemento realista domina sobre el romántico, sin que por eso el horror y la conmocion dejen de apoderarse de quien la escucha; partiendo de una base falsa, de la que se deducen todas las situaciones, hierde como el puñal que ántes que el dolor de la herida deja sentir el frio de la hoja de acero; acumulando escenas de terrible colorido, no deja tiempo á la lógica de explicarlas y el público sólo ve lo actual, lo que tiene delante, no puede deducir consecuencias, y es todo para sentir y nada para pensar. Defectos enormes, errores imperdonables en cualquier otro y en circunstancias distintas pasan envueltos en primores y bellezas que asombran y sorprenden; lo inmensamente grande surgiendo de lo infinitamente pequeño; un carácter que

engendra un drama, y lo anula; el drama mismo en declarado antagonismo con la moral que trata de establecer y sustentar; las situaciones constituyendo el drama y conspirando contra su desenvolvimiento hacen de esta produccion un drama que pudiera ser origen de varios dramas, porque cada episodio puede constituir una accion, cada detalle es una historia, y cada personaje un poema; porque es más lo que se deja adivinar que lo que se ve; porque lo que es, indica lo que puede ser, lo que debe ser; porque la obra en cuestion es una sinopsis fácilmente ampliable, es un extracto, un resúmen de citas que conviene evacuar y confrontar para hallar el todo de que esta produccion sólo es una parte; porque en esa obra *Echegaray* ha emplazado á todo un público, á toda una sociedad, para otro momento, para otra ocasion en que se propone darle la clave del misterio, descifrar el enigma que tortura su imaginacion, y abrir la puerta á la luz que ha de permitirle verlo todo claro, terminante, categórico, tal como debe ser y como lo concibió su autor en medio de las volcánicas tempestades de su cerebro.

Y es más notable aún, á nuestro juicio, este drama, porque en él no ya se dejan entrever los propósitos de *Echegaray* de asentar los nuevos ideales, las luchas de la conciencia, sino que se presentan claramente, sin embozo ni disfraz, estando discretamente escogido el momento, y hábilmente aprovechada la ocasion, pues ya no se trata de preparar el cuadro, de echar la base del movimiento, sino de dar principio á la pintura, de construir

atrevidamente el palacio; luégo vendrán los toques y los rasgos felices; despues ha de llegar la ornamentacion y distribucion de los departamentos, y por último, ha de aparecer el retrato exacto y fiel, el cumplido y perfecto remate; el mármol aguarda el cincel del escultor, las proporciones han sido halladas, falta sólo de aquella piedra informe sacar una bella estatua, sea un ídolo, ó una divinidad, ó un sér imaginario ó un sér fantástico.

¿Y cuáles son estos ideales nuevos que *Echegaray* quiere llevar á la escena, como en sustitucion de los antiguos, ó por lo ménos, para que compartan con ellos el dominio del teatro, la aceptacion de los autores dramáticos? Ya lo hemos dicho y repetido; son las luchas de la conciencia, el drama íntimo, personalísimo, que envuelve y arrastra todo cuanto toca, que crea las circunstancias en vez de ser por ellas creado, que es al mismo tiempo le principio y el fin de la accion dramática, infinito en sus combinaciones y adjuntos, inmenso en sus modos y aplicaciones, como universal en sus tendencias y motivos. Son las tempestades del alma, combatida por vientos contrarios, que ya toca los límites del cielo, ya se pierde en las profundidades del abismo, pero, siempre con una estrella por guía, llámese honor, deber, religion, ó justicia; son las nieblas de la contradiccion en el espíritu, las cadenas de la preocupacion en el ánimo, las torturas del imposible anhelado, el suplicio de Tántalo y al mismo tiempo el horrible martirio de Prometeo.

No es ya el antagonismo de dos pasiones encontradas

que se disputan la posesion de un individuo ni ménos el de intereses morales opuestos encarnados en distintos individuos, que toman impulso merced á causas exteriores, no producidas por lo que es el motivo primordial, y que afectan distinto concepto, marcha diferente y solucion diversa, segun las circunstancias, obedeciendo á veces al capricho, á la idiosincrasia de un carácter expresamente para este objeto creado, no, nada de eso; es el drama interno que nace, se desarrolla é impera en un individuo; que pocas veces se resuelve; ajeno á los efectos exteriores en cuanto á su esencia; intransigente, feroz, irracional en muchos casos, pero siempre grande, aterrador, sublime; siempre lúgubre, sombrío y pavoroso; ese es el modo del ideal nuevo, esos son sus motivos; en cuanto á sus funciones y manifestacion, por lo que respecta á su naturaleza gráfica, á su expresion, la sola vista de los únicos modelos que son á la vez ejemplos, el exámen de las obras del iniciador y propagador de este género son bastantes á mostrarlos y darlos á conocer, y esto que es tan fácil y oportuno, no debe dejarse para otra ocasion cuando tan á la mano se nos viene y tan indispensable es para probar la existencia de los ideales que adivinamos envueltos en pasiones tempestuosísimas.

Dos figuras bastan y sobran para dar á conocer el moderno concepto que *Echegaray* aplica á la dramática que pudiéramos, sin ser tachados de innovadores, llamar del porvenir; la Magdalena de *Cómo empieza y cómo acaba* y el Lorenzo de *Ó locura ó santidad*, porque